

sencillo ni más hermoso. El principio contrario, ó sea la expansibilidad del agua, ha creado la máquina de vapor. Pero el agua no es expansible sino hasta cierto punto, al paso que como su compresibilidad es una fuerza en cierto modo negativa, ha de ser necesariamente infinita.

—Si esta piel llega á estirarse—dijo Rafael,—prometo erigir una estatua á Blas Pascal, fundar un premio de cien mil francos para el mejor problema de mecánica resuelto en cada periodo de diez años, dotar á dos generaciones de primas de usted, y en fin, construir una casa de asilo para los matemáticos que se hayan vuelto locos ó pobres.

—Sería muy útil—dijo Planchette.—Caballero—añadió con la calma de un hombre que vive en una esfera puramente intelectual,—mañana iremos á casa de Spieghalter. Ese distinguido mecánico acaba de construir, con arreglo á mis planos, una máquina perfeccionada con la cual un chiquillo podría meter mil haces de heno en su sombrero.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

—Digan lo que quieran de la mecánica—iba diciendo para sí Rafael,—no cabe duda de que es la más hermosa de todas las ciencias. La otra, con sus onagros sus clasificaciones, sus géneros y sus vocales llenos de monstruos, es buena cuando más para marcar los tantos de un billar público.

Al otro día se presentó Rafael muy contento en casa de Planchette, con el cual fué á la de Spieghalter, calle de la Salud, nombre de buen agüero. El joven entró en un establecimiento inmenso, lleno de fraguas encendi-

das y rugientes. Aquello era una lluvia de fuego, un diluvio de clavos, un océano de émbolos, de tornillos, de palancas, de travesaños, de limas, de tuercas, un mar de hierro, de madera, de válvulas y de acero en barras. Los polvos de limaduras de hierro se agarraban á la garganta. Había hierro en la temperatura. Los operarios estaban cubiertos de hierro, todo olía á hierro, y este metal tenía vida, estaba organizado, se fluidificaba, andaba, pensaba adquiriendo todas las formas, obedeciendo á todos los caprichos. A través de los audidos de los fuelles, de los “crescendo” de los martillos, de los silbidos de los tornos que arrancaban mugidos al hierro, Rafael llegó á una gran pieza, limpia y ventilada, en la que pudo contemplar á su sabor la inmensa prensa de que le había hablado Planchette, y admiró una especie de maderos de hierro colado y vigas de lo mismo unidas con un núcleo indestructible.

—Si diera usted siete veces la vuelta á ese manubrio con prontitud—le dijo Spieghalter enseñándole un volante de hierro bruñido,—haría usted brotar una plancha de hierro en mil chorros que le penetrarian en las piernas como otras tantas agujas.

—¡Diablo!—exclamó Rafael.

El mismo Planchette metió la piel de zapa entre las dos platinas de la prensa soberana, y lleno de esa seguridad que dan las convicciones científicas, hizo girar con rapidez el volante.

—Echense ustedes al suelo á morirnos todos—dijo Spieghalter con voz tonante tirándose al suelo.

En los talleres resonó un silbido terrible. El agua contenida en la máquina rompió las planchas de hierro, produjo un chorro de potencia inconmensurable.

y por fortuna saltó hacia una forja antigua que derribó, desbarató y retorció como una tromba envuelve una casa y se la lleva.

—¡Oh!—dijo Planchette.—La piel continúa inalterable. Señor Spieghalter, en esas planchas debía haber una paja, ó algún intersticio en el tubo grande.

—No, no, conozco bien el estado del hierro. El señor puede llevarse su piel, porque en ella debe estar metido el demonio.

El alemán cogió un martillo de herrero, puso la piel en un yunque, y con toda la fuerza que da la cólera descargó sobre el talismán el martillazo más terrible de cuantos hubiesen resonado en sus talleres.

—Ni siquiera ha dejado señal—dijo Planchette pasando la mano por la piel rebelde.

Los obreros acudieron: el contraamaestre cogió la piel y la metió entre el carbón de piedra de una fragua. Puestos todos en semicírculo junto al fuego, aguardaron con impaciencia á que funcionara un enorme fuelle. Rafael, Spieghalter y el profesor Planchette ocupaban el centro de aquel grupo ennegrecido y curioso. Al ver aquellos ojos blancos, aquellas cabezas espolvoreadas de hierro, aquellas ropas negras y luecentes, aquellos pechos velludos, Rafael se creyó transportado al mundo nocturno y fantástico de las baladas alemanas. El contraamaestre cogió la piel con unas tenazas después de tenerla diez minutos en la fragua.

—Démela usted—dijo Rafael.

El contraamaestre se la entregó por broma al marqués, el cual la manejó, fría y flexible, entre sus dedos. Los obreros se retiraron muy presurosos dando

un grito de horror, y Valentín se quedó solo con Planchette en el taller vacío.

—Está visto que aquí hay algo diabólico—dijo Rafael desesperado.—¡No habrá potestad humana capaz de concederme un día más!

—Caballero—contestó el matemático con aire contrito,—creo que hemos hecho mal en no someter esta piel singular á la acción de un laminador. ¿Dónde tenía yo la cabeza al proponer á usted una presión?

—He sido yo quien la ha pedido—replicó Rafael.

El sabio respiró como reo absuelto por doce jurados. Sin embargo, interesado por el problema extraño que le ofrecía aquella piel, reflexionó un momento, y dijo:

—Hay que tratar con reactivos esa substancia desconocida. Vamos á ver á Jafet; quizás sea la Química más afortunada que la Mecánica.

Valentín puso su caballo al trote largo, esperando encontrar al famoso químico en su laboratorio.

—¡Hola, querido amigo!—dijo Planchette viendo á Jafet sentado en un sillón, contemplando un precipitado, —¿cómo va la Química?

—Dormida; no hay nada nuevo. Sin embargo, la Academia ha reconocido la existencia de la salicina. Pero la salicina, la asparagina, la vauquelina y la digitalina no son descubrimientos.

—A falta de inventar cosas, parece que están ustedes reducidos á inventar nombres—observó Rafael.

—Tiene usted razón, joven.

—Vamos á ver si puedes descomponernos esta substancia—dijo el profesor Planchette al químico;—si extraes de ella un principio cualquiera, desde luego le lla-

mo "la diabolina," porque, queriendo comprimirla, acabamos de romper una prensa hidráulica.

—Veamos, veamos—contestó el químico alegre;—quizás sea un nuevo cuerpo simple.

—Pues es sencillamente un pedazo de piel de burro—dijo Rafael.

—¡Caballero!—replicó gravemente el célebre químico.

—No me burlo—repuso el marqués entregándole la piel de zapa.

El barón Jafet aplicó á aquel fragmento las papilas nerviosas de su lengua tan hábil para gustar sales, ácidos, álcalis, gases, y dijo después de hacer algunas pruebas:

—No sabe á nada. Vamos á hacerle beber un poco de ácido flórico.

La piel, sometida á la acción de este principio, que con tanta rapidez desorganiza los tejidos animales, no sufrió alteración alguna.

—Esto no es zapa—dijo el químico.—Vamos ahora á tratar este misterioso desconocido como un mineral y á darle en la nariz metiéndolo en un crisol infusible donde precisamente tengo potasa roja.

Jafet salió y volvió pronto.

—Caballero—dijo Rafael,—permítame que corte un pedazo de esta rara substancia; es tan extraordinaria....

—¡Un pedazo!—exclamó Rafael.—Ni siquiera la equivalencia de un cabello. Sin embargo, inténtelo usted—dijo con acento triste á la par que zumbón.

El químico tomó una navaja de afeitar y quiso cortar la piel; luego intentó romperla por medio de una

fuerte descarga eléctrica; en seguida la sometió á la acción de la pila voltaica; pero todos los rayos de la ciencia perdieron su energía ante el terrible talismán. Eran las siete de la noche. Planchette, Jafet y Rafael no notaban que el tiempo pasaba y aguardaban el resultado de un postrer experimento: La zapa saltó victoriosa de un espantoso choque al que se la había sometido por medio de una respetable cantidad de cloruro de nitrógeno.

—¡Estoy perdido!—exclamó Rafael.—¡Dios está ahí! ¡Voy á morir!

Y se marchó dejando á los dos sabios estupefactos.

—Guardémosnos de contar esta aventura en la Academia, porque nuestros colegas se burlarían de nosotros—dijo Planchette al químico después de una larga pausa durante la cual quedaron mirándose sin que se atrevieran á comunicarse sus pensamientos.

Los dos sabios estaban como cristianos que salieran de sus tumbas sin encontrar un Dios en el cielo. ¿La ciencia? ¡Impotente! ¿Los ácidos? ¡Agua clara! ¿La potasa roja? ¡Deshonrada! ¿La pila voltaica y el rayo? ¡Dos júnctes!

—¡Y una prensa hidráulica hendida como una sopa de pan!—añadió Planchette.

—Creo en el diablo—dijo el barón Jafet tras un breve silencio.

—Y yo en Dios—respondió Planchette.

Ambos estaban en carácter. Para un mecánico, el universo es una máquina que requiere un obrero; para la química, esa obra de un demonio que va descomponiéndolo todo, el mundo es un gas dotado de movimiento.

—No podemos negar el hecho,—repuso el químico.

—¡Bah! Para consolarnos, los señores doctinarios han discurrido este nebuloso axioma: "Bestia como un hecho."

—Tu axioma me parece hecho como una bestia—replicó el químico.

Y se echaron á reir, y luego comieron como hombres que no veían más que un fenómeno en un milagro.

Valentín al regresar á su casa, hervía en fría saña: no creía ya en nada, sus ideas se confundían en su mente, giraban y vacilaban como las de todo hombre ante un hecho imposible. Había creído que la máquina de Spieghalter tenía algún defecto desconocido; no le admiró la impotencia del fuego y de la ciencia; pero le asustaba la flexibilidad de la piel, su dureza cuando se la sometía á los medios de destrucción puestos á disposición del hombre. Este hecho incontestable le daba vértigos.

—Estoy loco—dijo para sí.—Aunque hoy no me he desayunado, no tengo hambre ni sed, y siento en el pecho un fuego que me abrasa.

Puso la piel de zapa en el marco donde antes había estado, y después de señalar con tinta encarnada el contorno actual del talismán, se sentó en su sillón.

—Ya son las ocho—dijo.—Se me ha pasado el día como un sueño.

Descansó un codo en el brazo del sillón, apoyó la cabeza en su mano izquierda, y se quedó sumido en una de esas meditaciones fúnebres, en esos pensamientos devoradores cuyo secreto se llevan á la tumba los sentenciados á muerte.

—¡Ah, Paulina!—exclamó.—¡Pobre criatura! Hay abismos que el amor no puede cruzar, á pesar de la fuerza de su alas.

En aquel momento oyó distintamente un suspiro ahogado, y por uno de esos ternos privilegios de la pasión, percibió el hálito de su Paulina.—¡Oh!—dijo—esa es mi sentencia. Si ella estuviera ahí, quisiera morir en sus brazos.

Una carcajada sonora, alegre, le hizo volver la cabeza hacia su lecho, y al través de las diáfanas cortinas vió el rostro de Paulina sonriendo como un niño satisfecho del buen resultado de una travesura; sus hermosos cabellos caían en múltiples bucles sobre sus hombros, y parecía una rosa de Bengala sobre un montón de rosas blancas.

—He seducido á Jonatás—dijo.—¿Acaso no me pertenece este lecho puesto que soy tu mujer? No me riñas, querido mío; no quería más que dormir junto á ti: sorprenderte. Perdóname esta niñada.

Saltó de la cama ligera como una gatita, se mostró radiante en sus vestidos de muselina y se sentó en las rodillas de Rafael, diciendo con expresión cavilosa:

—¿De qué abismo hablas amor mío?

—De la muerte.

—Me hace daño el oírte. Hay ciertas ideas en las que nos matan, pobres mujeres, no podemos fijarnos, porque no sé si es fuerza de amor ó falta de valor. Pero la muerte no me asusta—añadió riendo.—Morir contigo, mañana por la mañana, juntos, unidos en un beso postrero, sería una felicidad. Me parece que habría vivido más de cien años. ¿Qué importa el número de

días si en una noche, en una hora, hemos consumido toda una vida de ventura y de amor?

—Tienes razón; el cielo habla por tu linda boca. Deja que la bese, y miramos—dijo Rafael.

—Pues miramos—contestó Paulina riendo.

A eso de las nueve de la mañana, penetraba la luz por los resquicios de las persianas, y aunque amortiguada por la muselina de las cortinas, permitía ver los ricos colores de las alfombras y los sedosos muebles de la habitación en que descansaban los dos amantes. El vestido de Paulina, colgado de un gran armario de luna, se destacaba como una vaporosa aparición. Sus zapatitos estaban lejos del lecho. Un ruiseñor se paró en el antepecho de la ventana, y sus gorjeos repetidos y el rumor que produjo al desplegar repentinamente las alas cuando echó a volar, despertaron á Rafael.

—Para morir—dijo terminando un pensamiento comenzado en un sueño,—es preciso que mi organización este mecanismo de carne y hueso animado por mi voluntad y que hace de mí un individuo "hombre," tenga alguna lesión. Los médicos deben conocer los síntomas de la vitalidad atacada y decirme si estoy sano ó enfermo.

Contempló á su mujer dormida, que le sostenía la cabeza, expresando así durante el sueño las tiernas solicitudes del amor. Graciosamente tendida como un niño y la cara vuelta hacia él; Paulina parecía mirarle aún, presentándole una linda boca entreabierta por una respiración igual y pura. Sus dienteitos de porcelana realzaban el encendido color de sus labios en los cuales vagaba una sonrisa; el carmín de su tez era más vivo, y la blancura, por decirlo así, más blanca en aquel

momento que en las horas más amorosas del día. Su gracioso abandono tan lleno de confianza, unía al hechizo del amor los adorables atractivos de la infancia dormida. Las mujeres, hasta las más naturales, obedecen aún durante el día ciertas convenciones sociales que reprimen las ingenuas expansiones de su alma; pero el sueño parece volverlas á la espontaneidad de vida, gala de la primera edad; Paulina no se sonrojaba por nada, como una de esas caras y celestiales criaturas en las que la razón no ha infundido aún ni pensamientos en los ademanes, ni secretos en la mirada. Su perfil se destacaba de un modo marcado en la fina batista de las almohadas; los grandes escarolados de encaje mezclados con su despeinada cabellera le daban cierto aire picaresco. Habíase dormido en momentos de placer. Sus largas pestañas estaban aplicadas sobre sus mejillas como para preservar su vista de un resplandor demasiado fuerte ó para contribuir á ese recogimiento que busca el alma cuando procura saborear una voluptuosidad completa, pero pasajera; su menuda oreja, blanca y encarnada, rodeada de un mechón de cabellos y de encajes de Malinas, habría enloquecido de amor á un artista, á un pintor, á un anciano, y quizás devuelto el juicio á un insensato. Ver á la mujer amada dormida, risueña en su sueño, tranquila bajo nuestra protección, amándonos hasta mientras duerme, en el momento en que la criatura parece dejar de serlo, y presentándonos una boca callada que entre sueños nos habla del último beso; ver una mujer confiada, semidesnuda, pero cubierta con su amor como con un manto y casta en el seno del desorden; admirar sus ropas diseminadas, una media de seda rápidamente quitada la

vi-pera por complacernos, un cinturón desatado que nos demuestra una fe infinita, ¿no es un goce sin nombre? Ese cinturón es todo un poema; la mujer á la que protegía no existe ya, nos pertenece, se ha convertido en "nosotros;" en adelante engañarla es herirnos á nosotros mismos. Rafael contemplaba enternecido aquella cámara saturada de amor, llena de recuerdos, donde la luz cobraba tintas deliciosas, y se acercó á aquella mujer de formas puras, juveniles, amante aún, y cuyos sentimientos, sobre todo, eran exclusivamente para él. Cuando su mirada cayó sobre Paulina, ésta abrió al punto los ojos como si la hubiera herido un rayo de sol.

—Buenos días, amigo—dijo sonriendo.—¡Qué guapo estás, pícaro!

Aquellas dos cabezas impregnadas de una gracia debida al amor, á la juventud, á la tenue claridad y al silencio, formaban una de esas escenas divinas cuya magia transitoria no pertenece más que á los primeros días de la pasión, del propio modo que la inocencia, el candor, son los atributos de la infancia. ¡Ah! esos goce primaverales del amor, lo mismo que las risas de nuestra juventud, deben huir y no vivir ya más que en nuestro recuerdo para desesperarnos ó echarnos algún perfume consolador, según los caprichos de nuestras meditaciones secretas.

—¿Por qué te has despertado?—dijo Rafael.—Me recreaba tanto en verte dormida, que hasta lloraba.

—Pues yo también he llorado esta noche viéndote dormir, pero no de contento—respondió Paulina.—Oye me, Rafael mío. Cuando duermes, no respiras con entera facilidad; hay en tu pecho algo que resuena y que me da miedo. Durante el sueño tienes una toseci-

lla seca, absolutamente igual á la de mi padre que se está muriendo tísico. En el ruido de tus pulmones he reconocido algunos de los efectos extraños de la tisis; además, estoy segura de que tenías calentura, y la mano húmeda y ardorosa. Amado mío, eres joven y aun podrías curarte si por desgracia. . . . Pero no—añadió alegremente,—no hay que apurarse, la enfermedad se pega, según dicen los médicos.—Y enlazó á Rafael con ambos brazos y absorbió su respiración con uno de esos besos en los cuales va envuelta el alma.—No deseo llegar á vieja—dijo.—muramos jóvenes los dos y remon-témonos al cielo con las manos llenas de flores.

—Esos proyectos se hacen siempre cuando disfrutamos de buena salud—respondió Rafael introduciendo sus manos en la cabellera de Paulina; pero entonces le sobrevino un horrible acceso de tos, de esa tos grave y sonora que parece salir de un ataúd, que hace perder el color á los pacientes y los deja temblorosos, llenos de sudor, después de agitar sus nervios, de contraer y dilatar sus costillas, de fatigar su médula espinal y de comunicar cierta pesadez á sus venas. Rafael, abatido, pálido, se tendió lentamente, postrado como hombre que ha consumido todo su vigor en un postrer esfuerzo. Paulina le contempló con mirada fija y los ojos agrandados por el miedo, y se quedó inmóvil, blanca, silenciosa.

—No hagamos tonterías, ángel mío—dijo queriendo ocultar á Rafael los horribles presentimientos que la agitaban.

Y se tapó la cara con las manos, porque veía el repulsivo esqueleto de la MUERTE. La cabeza de Rafael se había puesto lívida y cavernosa como un cráneo

arrancado de las profundidades de un cementerio para los estudios de algún sabio. Paulina recordaba la exclamación que se le había escapado la víspera á Valentín, y pensó:—Sí, hay abismos que el amor no puede cruzar; pero debe sepultarse en ellos.

Cierta mañana del mes de Marzo, pocos días después de esta desconsoladora escena, Rafael estaba sentado en un sillón, rodeado de cuatro médicos que le habían hecho colocar á la luz delante de la ventana de su cuarto, y le pulsaban alternativamente, le palpaban y le hacían preguntas con apariencia de interés. El enfermo espiaba sus pensamientos interpretando sus gestos y hasta las menores arrugas que se formaban en sus frentes. Aquella consulta era su última esperanza, y aquellos jueces supremos iban á pronunciar una sentencia de vida ó de muerte. Para arrancar á la ciencia humana su última palabra, Valentín había convocado á los oráculos de la medicina moderna. Gracias á su fortuna y á su nombre, los tres sistemas, entre los cuales oscilan los conocimientos humanos, estaban allí en su presencia. Tres de aquellos doctores llevaban consigo toda la filosofía médica, representando la lucha trabada entre la Espiritualidad, el Análisis y no sé qué Eclecticismo burlón. El cuarto médico era Horacio Bianchón, hombre de porvenir y de ciencia, sabio y modesto representante de la juventud que se apresta á recoger la herencia de los tesoros acumulados por espacio de cincuenta años por la Escuela de París, y que tal vez erigirá el monumento para el cual han reunido tantos y tan diversos materiales los siglos pasados. Amigo del marqués y de Rastignac, le asistía hacía unos cuantos días y le ayudaba á responder á las pre-

guntas de los tres profesores á los cuales explicaba de vez en cuando, con cierta insistencia, los diagnósticos que en su concepto revelaban una tisis pulmonar.

—Sin duda ha cometido usted muchos excesos, llevando una vida disipada, y se ha dedicado también á grandes trabajos de imaginación—dijo á Rafael uno de los tres doctores cuya cabeza cuadrada, ancho rostro y enérgico organismo, parecían revelar un genio superior al de sus dos antagonistas.

—He querido matarme llevando una vida desarreglada, después de haber pasado tres años escribiendo una gran obra de la cual quizás se ocupen ustedes algún día—le contestó Rafael.

El gran doctor meneó la cabeza en ademán de satisfacción y como si quisiera decir:—Estaba seguro de ello.

Aquel doctor era el ilustre Brisset, jefe de los organistas, sucesor de los Cabanis y de los Bichat, el médico de las personas positivistas y materialistas, que ven en el hombre un ser finito, únicamente sujeto á las leyes de su propia organización y cuyo estado normal ó anomalías deletéreas tienen su explicación en causas evidentes.

Al oír la respuesta del marqués, Brisset miró silenciosamente á un hombre de estatura regular, cuyo rostro encendido y ojos ardientes parecían pertenecer á algún sátiro antiguo, y que, apoyado en el quicio de la ventana, contemplaba con fijeza á Rafael sin decir una palabra. El doctor Cameristus, jefe de los vitalistas, hombre de exaltación y de creencia, poético defensor de las doctrinas abstractas de Van Helmont, consideraba la vida humana como un principio elevado, se

creto, como un fenómeno inexplicable que se burla de los bisturís, engaña á la cirugía, esquivo la acción de los medicamentos de la farmacéutica, escapa de las "x" del álgebra y de las demostraciones de la anatomía y se ríe de nuestros esfuerzos; especie de llama intangible, invisible, sujeta á alguna ley divina, y que á menudo continúa en un cuerpo condenado por nuestras sentencias, del propio modo que huye de los organismos más viables.

Una sonrisa sardónica vagaba por los labios del tercero, el doctor Maugredie, hombre de talento, pero pírrónico y burlón, que no creía más que en el escalpelo, concedía á Brisset la muerte de una persona sana y buena y reconocía con Cameristus que un hombre podía vivir aún después de su muerte. Hallaba algo bueno en todas las teorías, pero no admitía ninguna; pretendía que el mejor sistema médico consistía en no tener ninguno y atenerse exclusivamente á los hechos. Panurgo de la escuela, rey de la observación, aquel gran explorador, aquel gran burlón, el hombre de las tentativas desesperadas, examinaba la piel de zapa.

—Quisiera ser testigo de la coincidencia que existe entre la manifestación de los deseos de usted y la reducción de esta piel—dijo el marqués.

—¿Para qué?—preguntó Brisset.

—¿Para qué?—repitió Cameristus.

—¡Hola! ¿Están ustedes de acuerdo?—respondió Maugredie.

—Esa contracción es muy sencilla—añadió el doctor Brisset.

—Es sobrenatural—replicó Cameristus.

—En efecto—repuso Maugredie afectando gravedad

y devolviendo á Rafael su piel de zapa,—el encogimiento del cuero es un hecho inexplicable y sin embargo natural, que, desde que el mundo es mundo, causa la desesperación de los médicos y de las mujeres bonitas.

A fuerza de examinar á los tres doctores, Valentín no descubrió en ellos ninguna simpatía por su dolencia. Los tres, callados á cada respuesta, le miraban con indiferencia y le hacían preguntas sin compadecerse de él. La indiferencia aparecía al través de su cortesía. Ya fuese convicción ó ya reflexión, sus palabras eran tan escasas, tan indolentes, que había momentos en que Rafael creía que estaban distraídos. Tan sólo Brisset respondía de cuando en cuando: "Bien, bien," cuando Bianchón demostraba la existencia de síntomas desesperantes. Cameristus se quedaba sumido en profundo ensimismamiento, y Maugredie parecía un autor dramático estudiando dos tipos para trasladarlos fielmente á la escena. La cara de Horacio revelaba una pena profunda, un enternecimiento lleno de tristeza. Hacía muy poco tiempo que era médico para mostrarse insensible ante el dolor é impasible junto á un lecho fúnebre; no sabía impedir que acudieran á sus ojos las lágrimas amistosas que privan á un hombre de ver claro y aprovechar, como el general en jefe de un ejército, el momento propicio de la victoria sin hacer caso de los ayes de los moribundos. Después de pasar cosa de media hora tomando en cierto modo la medida de la enfermedad y del enfermo, como un sastre toma medida de un frac ó un joven que le encarga su traje de boda, dijeron algunos lugares comunes y hasta hablaron de política, y luego quisieron pasar al despacho de Rafael para comunicarse sus ideas y redactar la sentencia.

—¿No podré asistir á la diseusión, señores?—preguntó Valentín.

Brisset y Maugredie protestaron, y, á pesar de las insistencias de su enfermo, se negaron á deliberar en su presencia. Rafael se sometió á la costumbre, recordando que podía pasar á un corredor desde el cual oírse fácilmente las discusiones médicas á que iban á proceder los tres profesores.

—Señores—dijo Brisset al entrar,—permitanme ustedes que emita cuanto antes mi parecer. No quiero ni imponérselo á ustedes ni verlo controvertido; ante todo, es claro, preciso, y resulta de una similitud completa entre uno de mis enfermos y el paciente á quien acabamos de examinar; además, me esperan en el hospital. La importancia del caso que allí reclama mi presencia, me servirá de disculpa para ser el primero en tomar la palabra. El "sujeto" que nos ocupa está igualmente gastado por trabajos intelectuales. . . . ¿Qué ha escrito, Horacio?—preguntó dirigiéndose al médico joven.

—Una teoría de la voluntad.

—¡Ah! El asunto es muy vasto. Pues como iba diciendo, está gastado por excesos de pensamiento, por desarreglos del régimen, por uso reiterado de estimulantes demasiado enérgicos. Es fácil, señores, reconocer en los síntomas de la cara y del cuerpo una terrible irritación en el estómago, la neurosis del gran simpático, la viva sensibilidad del epigastrio, y el estrechamiento de los hipocondrios. Sin duda habrán notado ustedes el tamaño y el abultamiento del hígado. En fin, el señor Bianchón ha observado constantemente las digestiones del paciente, y nos ha dicho que eran difíciles,

laboriosas. Hablando con propiedad, ya no hay estómago: el hombre ha desaparecido. El intelecto está atrofiado porque el hombre no digiere ya. La alteración progresiva del epigastrio, centro de la vida, ha viciado todo el sistema. De aquí es que por dondequiera se observen irradiaciones constantes y flagrantes, el desorden ha invadido el cerebro por el plexo nervioso, causando la irritación excesiva de este órgano. Hay monomanía: el enfermo está bajo el peso de una idea fija. Para él esa piel de zapa se encoge de realidad; pero quizás haya tenido siempre el mismo tamaño de ahora: sin embargo, ya se contraiga ó no, esa zapa es para él la mosca que cierto gran visir tenía en la nariz. Aplíquense prontamente sanguijuelas al epigastrio, cálmese la irritación de este órgano en que el hombre entero reside, póngase al enfermo á dieta, y la monomanía cesará. Nada más diré al doctor Bianchón: él debe apreciar el conjunto y los detalles del tratamiento. Tal vez haya complicación de enfermedad; puede suceder que las vías respiratorias estén también irritadas; pero creo que el tratamiento del aparato digestivo es mucho más importante, más necesario, más urgente que el de los pulmones. El estudio tenaz de materias abstractas y algunas pasiones violentas han producido graves perturbaciones en ese mecanismo vital; sin embargo, aun estamos á tiempo de enderezar sus resortes, porque no hay nada sobradamente adulterado. Fácilmente, pues puede usted salvar á su amigo—dijo á Bianchón.

—Nuestro ilustrado colega toma el efecto por la causa—dijo Cameristus.—No cabe negar que existen en el enfermo las alteraciones tan bien observadas por él: pero el estómago no ha establecido gradualmente alte-

raciones en el organismo, y hacia el cerebro como un raja extiende á su alrededor rayas en un cristal. Ha sido preciso descargar un golpe para agujerear el cristal, y ese golpe, ¿quién lo ha dado? ¿lo sabemos? ¿Hemos observado suficientemente al enfermo? ¿Conocemos todos los accidentes de su vida? Señores, en él aparece lesionado el principio vital, el "arqueo" de Van Helmont, la misma vitalidad está atacada en su esencia, la chispa divina, la inteligencia transitoria que sirve como de vínculo á la máquina y que produce la voluntad, la ciencia de la vida, ha cesado de regularizar los fenómenos cotidianos del mecanismo y las funciones de cada órgano; de aquí proceden los desórdenes tan bien apreciados por mi docto colega. El movimiento no ha partido del epigastrio al cerebro, sino del cerebro al epigastrio. No—añadió golpeándose el pecho con fuerza.—no soy un estómago hecho hombre. No, todo no está ahí. No me siento con valor para decir que si tengo un buen epigastrio, lo demás importa poco. No podemos—prosiguió más suavemente,—no podemos someter á una misma causa física y á un tratamiento uniforme las graves perturbaciones que sobrevienen en los diferentes sujetos más ó menos atacados. Ningún hombre se parece á otro. Todos tenemos órganos particulares, afectados de diverso modo, nutridos de distinta manera, á propósito para desempeñar misiones diferentes y para desarrollar temas necesarios para el cumplimiento de un orden de cosas que nos es desconocido. La porción del gran todo que por una alta voluntad acude á operar á mantener en nosotros el fenómeno de la animación se formula de un modo distinto en cada hombre, y hace de él un ser finito en apariencia, pero que coexiste

por un punto con una causa infinita. Por eso debemos estudiar cada sujeto separadamente, penetrarlo, reconocer en qué consiste su vida. Desde la blancura de una esponja mojada hasta la dureza de una piedra pómez, hay infinitos matices. Tal es el hombre. Entre las organizaciones esponjosas de los linfáticos y el vigor metálico de los músculos de algunos hombres llamados á disfrutar de larga vida, ¡cuántos errores no cometerá el sistema único, implacable, de la curación por el abstinimiento, por la postración de las fuerzas humanas que suponen ustedes siempre irritadas! Así, pues, en el caso presente, yo desearía aplicar un tratamiento puramente moral, un examen profundo del ser íntimo. Vamos á buscar la causa del mal en las entrañas del alma y no en las del cuerpo. Un médico es un ser inspirado, dotado de un genio particular, á quien Dios concede el poder de leer en la vitalidad, del propio modo que da al profeta ojos para leer en el porvenir, al poeta la facultad de evocar la naturaleza, al músico la de coordinar los sonidos en un orden armonioso, cuyo tipo está quizás allá arriba....

—Siempre su medicina absolutista, monárquica y religiosa—dijo por lo bajo Brisset.

—Señores—repuso prontamente Maugredie ahogando la exclamación de Brisset,—no perdamos de vista al enfermo....

—¡He aquí á dónde ha llegado la ciencia! ¡Mi curación oscila entre un rosario y una sarta de sanguijuelas, entre el bisturí de Dupuytrén y la oración del príncipe de Hohenlohe! Maugredie está ahí, dudando, en la línea que separa el hecho de la palabra, la materia del espíritu. El "sí" y "no" humano me persigue por to-

das partes. Siempre el "Carimary, Carymara" de Rabelais: estoy espiritualmente enfermo, pues carimary, ó materialmente enfermo, pues carymara. ¿Viviré? Le ignoran. Al menos Planchette era más franco cuando me decía: no lo sé.

En esto, Valentín oyó la voz del doctor Maugredie que decía:

—¿El enfermo es monómano? Convenido; pero tiene doscientas mil libras de renta, estos monómanos escasean, y al menos debemos darles un parecer. Por lo que respecta á saber si el epigastrio ha influido en el cerebro, ó el cerebro en el epigastrio, quizás podamos averiguarlo cuando el paciente haya muerto. Resumamos, pues. Que está enfermo, es innegable, como lo es el que necesita un tratamiento cualquiera. Dejémoslos de doctrinas; apliquémosle sanguijuelas para calmar la irritación intestinal y la neurosis sobre cuya existencia estamos de acuerdo, y luego enviémosle á un balneario: así obraremos á la vez con arreglo á los dos sistemas. Si está afectado del pulmón casi no podemos salvarle, y...

Rafael se alejó del corredor y fué á sentarse en su sillón. Al poco rato, los cuatro médicos salieron del gabinete. Horacio tomó la palabra, y dijo:

—Estos señores han reconocido unánimemente la necesidad de una aplicación inmediata de sanguijuelas en el estómago y la urgencia de un tratamiento á la vez físico y moral. Primeramente un régimen dietético para calmar la irritación del organismo.

Brisset hizo un ademán de aprobación.

—Después un régimen higiénico para regularizar la parte moral. Por consiguiente, aconsejamos á usted por unanimidad que vaya á tomar las aguas de Aix de

Saboya, ó las del monte Dore de Auvernia, si las prefiere; el aire y los paisajes de Saboya son más agradables que los del Cantal; pero usted hará lo que guste.

El doctor Cameristus expresó también su asentimiento con un ademán.

—Como estos señores—repuso Bianchón—han observado leves alteraciones en el aparato respiratorio, han aprobado la utilidad de mis prescripciones anteriores. Opinan que la curación de usted es cosa fácil y dependerá del uso cuerdo de estos diferentes medios..... Y.....

—Y por eso su hija de usted es muda—dijo Rafael sonriendo y llevándose á Horacio á su despacho para entregarle el importe de aquella inútil consulta.

—Son lógicos—contestó el joven médico.—Cameristus siente, Brisset examina, Maugredie dada. ¿Acaso no tiene el hombre un alma, un cuerpo y una razón? Una de estas tres causas primeras obra en nosotros de un modo más ó menos fuerte, y siempre habrá hombre en la ciencia humana. Créeme, Rafael, nosotros no curamos, sino que ayudamos á curar. Entre la medicina de Brisset y la de Cameristus, media también la medicina expectante, mas para practicarla con éxito, sería menester conocer al enfermo desde diez años atrás. En el fondo de la medicina hay negación como en todas las ciencias. Procura, pues, vivir cuerdo, y prueba á hacer un viaje á Saboya: lo mejor es y será siempre confiarse á la naturaleza.

Un mes después, al volver de paseo en una hermosa tarde de verano, algunas de las personas que habían ido á Aix á tomar las aguas, estaban reunidas en los salones del Casino. Rafael, sentado junto á una ven-

tana y vuelto de espaldas á los circunstantes, pasó largo rato solo, sumido en uno de esos enajenamientos maquinales durante los cuales nuestros pensamientos nacen, se encadenan y se desvanecen sin revestir formas, y pasan por nosotros como ligeras nubes apenas teñidas de color. La tristeza es entonces dulce, la alegría vaporosa y el alma está casi adormecida. Dejándose llevar de esa vida sensual, Valentín se bañaba en la tibia atmósfera del crepúsculo saboreando el aire puro y perfumado de las montañas y contento por no sentir ningún dolor y por haber reducido al fin al silencio á su amenazadora piel de zapa. En el momento en que las tintas rojas del ocaso se extinguieron en las cumbres, refrescó la temperatura, y Rafael se apartó de la ventana cerrándola.

—Caballero—le dijo una señora vieja.—¿tiene usted la bondad de no cerrar la vidriera? Aquí nos sofocamos. Esta frase desgarró el tímpano de Rafael con disonancias de singular acritud; fué algo así como la que suelta imprudentemente un hombre en cuya amistad queremos creer y que destruye alguna grata ilusión de sentimiento descubriendo un abismo de egoísmo. El marqués fijó en la vieja la fría mirada de un diplomático impasible, y llamando á una criada, le dijo secamente cuando se acercó:—Abra usted esa ventana.

Estas palabras hicieron que se retrajese una sorpresa insólita en todos los semblantes. Los concurrentes se pusieron á cuchichear mirando al enfermo con aire más ó menos expresivo, como si hubiera cometido un desafuero. Rafael, que no había perdido por completo su primitiva timidez de joven, se avergonzó al pronto; pero sacudió su encogimiento; recobró su energía y se

pidió cuenta á sí mismo de aquella escena extraña. De pronto rápida conmoción animó su cerebro; aparecióse el pasado en una visión distinta en la que las causas del sentimiento que inspiraba resaltaron de relieve como las venas de un cadáver cuyas menores ramificaciones coloran los naturalistas con alguna acertada inyección; se reconoció á sí mismo en aquel cuadro fugitivo, siguió en él su existencia día por día, pensamiento por pensamiento; vióse, no sin sorpresa, sombrío y distraído en el seno de aquella sociedad jovial, pensando siempre en su destino, preocupado con su mal, pareciendo desdeñar la conversación más insignificante, esquivando esas intimidades efímeras que se establecen prontamente entre los viajeros porque sin duda creen no volverse á ver; poco cuidadoso de los demás, y parecido, en fin, á esas rocas tan insensibles á las caricias como al furor de las olas. Luego, por un raro privilegio de intuición, leyó en todas las almas; divisando á la luz de un candelabro el cráneo amarillento, el perfil sardónico de un viejo, recordó que le había ganado su dinero sin haberle propuesto el desquite; más allá vió una mujer linda cuyas coqueterías no le sacaron de su frialdad; cada rostro le echaba en cara una de esas faltas inexplicables en apariencia, pero cuyo crimen subsiste siempre en una invisible herida hecha al amor propio. Había lastimado involuntariamente todas las pequeñas vanidades que gravitaban en torno suyo. Los convidados á sus fiestas ó aquellos á quienes había ofrecido sus caballos no le perdonaban su lujo; maravillado de su ingratitud, les había evitado esta especie de humillación, y entonces, creyéndose despreciados, le motejaban de aristócrata. Sondando así los corazones,

pudo descifrar los pensamientos más secretos, y se horrorizó de la sociedad, de su galantería, de su barniz. Rico y de espíritu superior, había sido envidiado, aborrecido; su silencio frustraba la curiosidad, su modestia parecía altanería á aquellas gentes mezquinas y superficiales. Adivinó cuál era el crimen latente, irremisible, de que se había hecho culpable para con ellos; hallábase fuera de la jurisdicción de su mediocridad. Rebelde á su despotismo inquisitorial, sabía prescindir de ellos; para vengarse de aquella realza clandestina, todos se habían coligado instintivamente para hacerle sentir su poder, someterle á algún ostracismo, y enseñarle que á su vez podían pasar sin él. Compadecido al principio de aquel aspecto que presentaba la sociedad, en breve se enojó pensando en la flexible potencia que de tal modo le levantaba el velo de carne bajo el cual está sepultada la naturaleza enferma, y cerró los ojos como para no ver nada más. De pronto se corrió un negro cortinaje sobre aquella siniestra fantasmagoría de verdad; pero se encontró en el horrible aislamiento que aguarda á las potestades y dominaciones. En aquel momento le dió un violento acceso de tos. Lejos de oír una sola de esas palabras indiferentes en apariencia, pero que al menos simulan una especie de compasión cortés en las personas bien educadas reunidas por casualidad, llegaron á sus oídos interjecciones hostiles y quejas murmuradas en voz baja. La Sociedad ni siquiera se dignaba afectar disimulo en su obsequio, porque sin duda la adivinaba.—Su enfermedad es contagiosa.—El presidente del Casino debería prohibirle la entrada en el salón.—En buenas reglas de policía, está vedado toser de ese modo.—Cuando un hom-

bre está enfermo no debe venir á los balnearios.—Conseguirá que me vaya de aquí.—Rafael se levantó para sustraerse á la maldición general, y se paseó por el salón. Quiso encontrar alguna protección, y se acercó á una joven desocupada á la cual se dispuso á echar unas cuantas lisonjas, pero ella al notarlo le volvió la espalda y se puso á mirar á los que bailaban. Rafael temió haber hecho uso de su talismán aquella velada; no se sintió con voluntad ni con ánimo para entablar la conversación, y saliendo del salón, pasó á la sala de billar. Allí nadie le habló, ni le saludó, ni le dirigió la menor mirada de benevolencia. Su espíritu naturalmente meditando le reveló por una susceptibilidad instintiva la causa general y racional de la aversión que había despertado. Aquella reducida sociedad obedecía, sin saberlo tal vez, á la gran ley que dirige la elevada sociedad cuya moral implacable se desarrolló por completo á los ojos de Rafael. Una ojeada retrospectiva le presentó el tipo acabado de esta sociedad en Fedora. Tan poca simpatía debía encontrar ya para sus males en ésta, como para las miserias de su corazón en aquélla. El mundo elegante destierra de su seno á los desdichados, como un hombre de salud vigorosa expulsa de su cuerpo un principio morbífico. El mundo aborrece los dolores y los infortunios, los teme como á la peste y jamás vacila entre ellos y los vicios: el vicio es un lujo. Por majestuosa que sea una desgracia, la sociedad sabe empequeñecerla, ridiculizarla con un epigrama; traza caricaturas para lanzar á la cabeza de los reyes caídos las afrentas que supone haber recibido de ellos; parecida á las jóvenes romanas del Circo, jamás perdona al gladiador herido; vive de oro y de burlas. “¡Mue-